

1. UNA PROVIDENCIAL Y EXTRAORDINARIA CONVOCATORIA.

“Nos preparamos para celebrar un acontecimiento de gracia para toda la Iglesia en Argentina.

Con motivo de estar celebrando los 400 años de presencia de la bendita Imagen de la Virgen del Valle en Catamarca, la Conferencia Episcopal Argentina asumió la propuesta hecha por Mons. Luis Urbanc y respaldada por los Obispos del NOA, de celebrar en el año 2020 un Año Mariano Nacional, y durante el mismo el IV Congreso Mariano Nacional y un Congreso Teológico Pastoral Mariano en la Diócesis de Catamarca.

Esto nos llenó de profunda alegría por ver cómo nuestros pastores valoran esta devoción cuatro veces centenaria y quieren resaltarla de esta manera extraordinaria abriendo para nuestro país una oportunidad pastoral que sin dudas dará muchos frutos de fortalecimiento en la fe, impulso en nuestra esperanza y renovado ardor en nuestra caridad.

En este subsidio pastoral queremos hacerles llegar el Documento Preparatorio que acompañará nuestro camino durante el año que comienza y también de guía para los trabajos de reflexión y profundización teológico pastoral.

También queremos presentar el Logo, el Tema, el Lema y la Oración que acompañaran este tiempo de gracia y nos ayudarán a estar en profunda comunión eclesial.

Por último, les hacemos llegar algunas sugerencias para lanzar en cada Diócesis un año de preparación desde el 8 de diciembre de 2018 al 8 de diciembre de 2019, día en que abriremos solemnemente el Año Mariano Nacional.

2. DOCUMENTO PREPARATORIO

MARÍA, MADRE DEL PUEBLO, ESPERANZA NUESTRA

“CON MARÍA, SERVIDORES DE LA ESPERANZA ”

En abril de 2020 celebramos los 400 años del hallazgo de la imagen de la Virgen del Valle. En palabras de Mons. Luis Urbanc, obispo de Catamarca, es «un acontecimiento extraordinario lleno de significación histórica, teológica, pastoral y cultural, que toca las fibras más íntimas del pueblo catamarqueño y se extiende a todo el país».

La Iglesia que peregrina en la Argentina comparte la fe y recuerda a la Madre de Dios y Madre nuestra. Por eso propone la celebración de:

- *Un Año Jubilar Mariano:* del 8 de diciembre de 2019 al 8 de diciembre de 2020;
- *El IV Congreso Nacional Mariano:* del 23 al 26 de abril de 2020 en la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca;
- *Un Congreso Teológico-Pastoral Mariano:* en septiembre de 2020 en la misma ciudad.

NOS CONVOCA LA MADRE.-

María es «el regalo de Jesús a su pueblo», nos recuerda el Papa Francisco (*EG* n. 285). Jesús es quien nos la entrega: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego le dijo al amigo amado: “Ahí tienes a tu madre”» (*Juan* 19,26-27). Con ella y por su consejo «haremos lo que Él nos diga» (cf. *Juan* 2, 5).

De la Anunciación a la cruz, la Madre acompaña la misión del Hijo. De un extremo al otro de nuestra Patria, el Espíritu de Dios acompaña el caminar del pueblo argentino con la devoción mariana. Este es el motivo por el que queremos celebrarlo, «en camino» con la Madre, «en salida» al encuentro de todos sus hijos, nuestros hermanos.

El Concilio Vaticano II puso de relieve la *especial presencia* de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de su Iglesia (*LG* nn. 60-68). El Papa san Juan Pablo II decía en la carta encíclica *Redemptoris Mater*: «La *espiritualidad* mariana, a la par de la *devoción* correspondiente, encuentra una fuente riquísima en la experiencia histórica de las personas y de las diversas comunidades cristianas, que viven entre los distintos pueblos y naciones de la tierra» (n. 48).

El *Año Jubilar Mariano* será ocasión para renovar nuestro ardor misionero. Motivo también para que redescubramos las tradiciones que la Madre María ha generado entre nosotros, desplegando la «cultura del encuentro», aportando criterios evangélicos para responder creativamente a las problemáticas personales y a las situaciones sociales que nos desafían.

Ambos *congresos* facilitarán espacios para el diálogo, la reflexión y la oración, anunciando la misericordia de Dios y el amor de María que superan temores e incomprendiones, integran las diferencias que nos enriquecen y cuidan la identidad de nuestro pueblo.

Como discípulos misioneros de Jesús queremos, con María y como María (cf. *Lucas* 1, 39-56):

- Salir sin demora al encuentro de los demás;
- Testimoniar el amor de Dios que ella proclama;
- Manifestar nuestra confianza en la gracia divina que la eligió;
- Transparentar al Señor de la vida que en ella se encarnó, Buena Noticia proclamada «de generación en generación».

MARÍA: HIJA Y HERMANA, MUJER Y ESPOSA, VIRGEN Y MADRE FECUNDA.-

«La máxima realización de la existencia cristiana como un vivir trinitario de “hijos en el Hijo” nos es dada en la Virgen María quien, por su fe (cf. *Lucas* 1, 45) y obediencia a la voluntad de Dios (cf. *Lucas* 1, 38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (cf. *Lucas* 2, 19.51), es la discípula más perfecta del Señor. Interlocutora del Padre en su proyecto de enviar su Verbo al mundo para la salvación humana, María, con su fe, llega a ser el primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo, y también se hace colaboradora en el renacimiento espiritual de los discípulos. Del Evangelio, emerge su figura de mujer libre y fuerte, conscientemente orientada al verdadero seguimiento de Cristo. Ella ha vivido por entero toda la peregrinación de la fe

como Madre de Cristo y luego de los discípulos, sin que le fuera ahorrada la incompreensión y la búsqueda constante del proyecto del Padre. Alcanzó, así, a estar al pie de la cruz en una comunión profunda, para entrar plenamente en el misterio de la Alianza» (*Aparecida* n. 266).

La humanidad asumida por Dios en el Hijo en su identidad masculina, es asumida en su identidad femenina en María, por voluntad de Padre y por obra del Espíritu (cf. *Lucas* 1, 31-35). Ella es «el arca de la alianza, porque acogió en sí a Jesús; acogió en sí la Palabra viva, todo el contenido de la voluntad de Dios, de la verdad de Dios; acogió en sí a Aquel que es la Alianza nueva y eterna, que culminó con la ofrenda de su cuerpo y de su sangre: cuerpo y sangre recibidos de María» (BENEDICTO XVI, *Homilía en la Solemnidad de la Asunción*, 15 de agosto de 2011). Ella es rostro femenino de Dios, que ama a todos y cuida especialmente de los más pequeños, de los pobres, de la vida atribulada, precaria, amenazada.

Como recuerda el Papa Francisco, «Cristo nos lleva a María. Él nos lleva a ella, porque no quiere que caminemos sin una madre, y el pueblo lee en esa imagen materna todos los misterios del Evangelio. Al Señor no le agrada que falte a su Iglesia el ícono femenino. Ella, que lo engendró con tanta fe, también acompaña “al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús” (*Apocalipsis* 12,17)» (*EG* n. 285).

La Virgen María «recrea» la vida. Es ella «la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios. A través de las distintas advocaciones marianas, ligadas generalmente a los santuarios, comparte las historias de cada pueblo que ha recibido el Evangelio, y entra a formar parte de su identidad histórica» (*EG* n. 286).

UN ESTILO EVANGELIZADOR MARIANO.-

Lo describe bellamente nuestro Papa Francisco. «Hay un estilo mariano en la actividad evangelizadora de la Iglesia. Porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. Mirándola descubrimos que la misma que alababa a Dios porque “derribó de su trono a los poderosos” y “despidió vacíos a los ricos” (*Lucas* 1, 52.53) es la que pone calidez de hogar en nuestra búsqueda de justicia. Es también la que conserva cuidadosamente “todas las cosas meditándolas en su corazón” (*Lucas* 2, 19). María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también en

aquellos que parecen imperceptibles. Es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos.

Es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y también es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás "sin demora" (*Lucas* 1, 39). Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización. Le rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo. Es el Resucitado quien nos dice, con una potencia que nos llena de inmensa confianza y de firmísima esperanza: "Yo hago nuevas todas las cosas" (*Apocalipsis* 21,5)» (EG n. 288).

UN MODELO PARA LA «INCULTURACIÓN DEL KERYGMA».-

Nuestra Madre del Valle es modelo de inculturación del Evangelio. La «Madrecita Morena» no quiere quedar recluida en la casa de uno de sus hijos hacendados, quien devotamente desea cubrirla de honores, sino que ama estar con todos, particularmente con los más «pobrecitos», porque la gloria de Dios es habitar junto a su pueblo (cf. *Levítico* 26, 11-13; *Deuteronomio* 4, 7).

Gracias al sí de María, Él ha puesto «su carpa entre nosotros» (*Juan* 1, 14). Por eso valora las tradiciones del pueblo que la recibe, «semillas del Verbo» sembradas por el Padre de todos y reconocidas por su Hijo como dones del Espíritu en la historia de las culturas.

Con la «Virgen Morena», pedimos a Dios renovar nuestra esperanza. Ella nos anima a levantar el ánimo en los tiempos difíciles y a agradecer cuando nos va bien. Lo hacemos con la confianza que los hijos tienen para con sus mamás.

La «Mamita Virgen» fue quien reunió a todos sus hijos en el Valle de Catamarca, sin distinción de procedencia, color y posición. Ella es verdaderamente «enviada del cielo» para crear lazos de identidad y relaciones de fraternidad. Por ella y con ella renovamos nuestra fe en el Padre que nos ama, en el Hijo que nos redime, en el Espíritu que nos vivifica y nos guía a vivir «un nuevo Pentecostés eclesial» (*Aparecida* n. 91) que nos libera «de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente», que renueva «nuestra alegría y nuestra esperanza» (*Aparecida* n. 362).

DISCÍPULOS MISIONEROS DE JESÚS «EN LA ESCUELA DE MARÍA».-

El Papa Benedicto XVI invita a meditar «en la escuela de María» los acontecimientos de la vida como camino de fe. Dice así en su *Homilía* del 1º de enero de 2008, *Solemnidad de Santa María Madre de Dios*: «... en la escuela de María podemos captar con el corazón lo que los ojos y la mente por sí solos no logran percibir ni pueden contener. En efecto, se trata de un don tan grande que sólo con la fe podemos acoger, aun sin comprenderlo todo. Y es precisamente en este camino de fe donde María nos sale al encuentro, nos ayuda y nos guía. Ella es madre porque engendró en la carne a Jesús; y lo es porque se adhirió totalmente a la voluntad del Padre. San Agustín escribe: "Ningún valor hubiera tenido para ella la misma maternidad divina, si no hubiera llevado a Cristo en su corazón, con una suerte mayor que

cuando lo concibió en la carne" (*De sancta virginitate* 3, 3). Y en su corazón María siguió conservando, "poniendo juntamente", los acontecimientos sucesivos de los que fue testigo y protagonista, hasta la muerte en la cruz y la resurrección de su Hijo Jesús. Sólo conservando en el corazón, es decir, poniendo juntamente y encontrando una unidad de todo lo que vivimos, podemos entrar, siguiendo a María, en el misterio de un Dios que por amor se hizo hombre y nos llama a seguirlo por la senda del amor, un amor que es preciso traducir cada día en un servicio generoso a los hermanos».

«Nuestros pueblos se identifican particularmente con el Cristo sufriente, lo miran, lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo: Éste es el "que me amó y se entregó por mí" (*Gálatas* 2, 20). Muchos de ellos golpeados, ignorados, despojados, no bajan los brazos. Con su religiosidad característica se aferran al inmenso amor que Dios les tiene y que les recuerda permanentemente su propia dignidad. También encuentran la ternura y el amor de Dios en el rostro de María. En Ella ven reflejado el mensaje esencial del Evangelio» (*Aparecida* n. 265).

Cristo nos lleva a María. En ella Dios nos llama a discernir nuestra vocación y misión en la Iglesia. Vocación de servicio en la misión evangelizadora que manifiesta el inmenso amor del Padre, quien en Jesucristo -hijo de María Virgen- nos concede el don del Espíritu para que nuestros pueblos tengan vida plena (cf. *Juan* 10, 10).

*María, Madre del pueblo, esperanza nuestra,
para quien vale toda vida,
porque eres querida, respetada y amada,
¡ruega por nosotros!*

